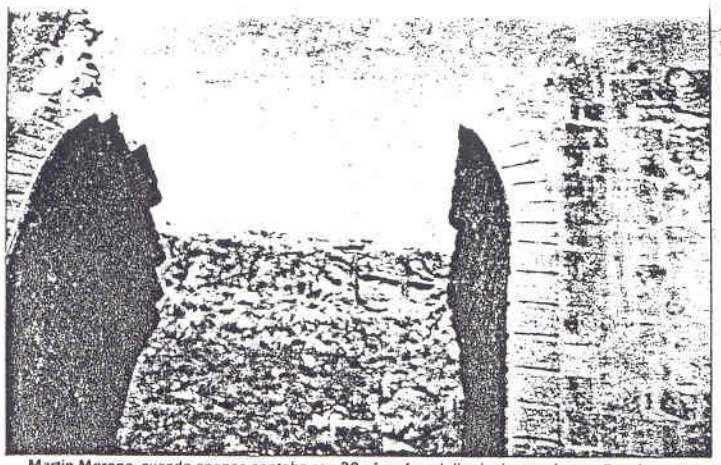
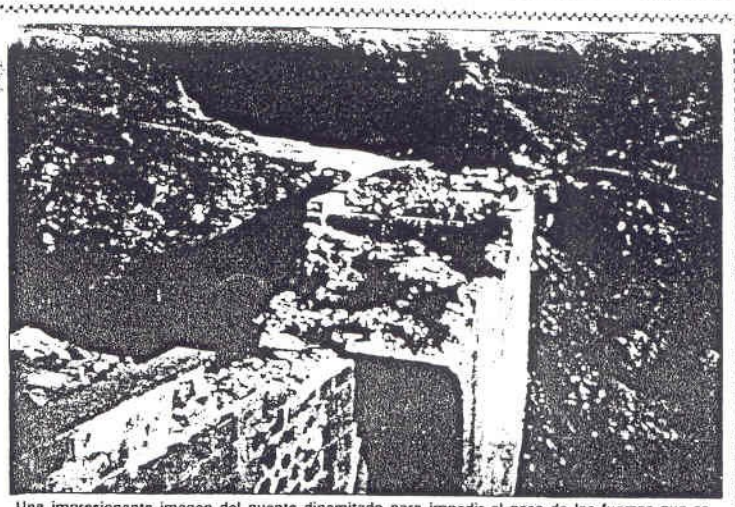


Martín Moreno, cuando apenas contaba con 20 años, fue al día siguiente a fotografiar el puente volado de Silva



Una impresionante imagen del puente dinamitado para impedir el paso de las fuerzas que se sublevaron el 18 de julio

Un episodio de la Guerra Civil, en el noroeste de Gran Canaria

LOS PUENTES VOLADOS

- **Aquel sábado 18 de julio, la gente de Gáldar pensó que en Las Palmas se preparaba otra huelga general**
- Pero pronto se apercibieron de que el cerco de los alzados se aproximaba

La mañana ventosa del sábado 18 de julio abría su vientre húmedo sobre la isla. Desde el noroeste hacia la capital, la consabida «panza de burro» creaba una sensación de calor amortiguado. El general Franco había dormido en el hotel Madrid (unos cuantos anarquistas tuvieron planes para atentar contra su vida, en cuanto conocieron por radio las noticias de un levantamiento en Marruecos) y el aviador inglés que había de llevarle desde Gando a Tánger lo hizo en el Gobierno Militar. El «Dragon Rapid» y aquel señor Webb pasarían a la historia.

Las convulsiones del Frente Popular habían llegado a la isla. En los últimos meses se sucedieron las huelgas y el enervamiento se extendía. Desde Telde hasta Arucas y desde Gáldar al valle de Los Berrazales prendía la mecha de la inquietud, fruto de situaciones de auténtica explotación social. Todos lo cuchicheaban, mientras aquella mañana del día de San Camilo el comandante Eduardo Cañizares Navarro despertaba al capitán general de Canarias, que había tenido el sutil pretexto de la fortuita muerte del general Balmes para desplazarse a Las Palmas. En realidad, Franco se movió por las islas como pez en el agua con el pretexto de supervisar los trabajos de una nueva red defensiva. Pocos días antes de la extraña muerte de Balmes en La Isleta, Franco se entrevistó con él en la finca tafireña de Las Magnolias, y dicen que —en su agonía— el general de Artillería repitió una frase obsesiva cuyas más secretas claves hubo de llevarse a la tumba: «¡qué fatalidad!», «¡qué fatalidad!».

«ALGO HAY EN LAS PALMAS»

El alcalde socialista de Gáldar, Diego Trujillo Rodríguez, maestro nacional, se apercibió de los agitados rumores que venían de Las Palmas aquella mañana del sábado. Al comprobar que el tan temido «golpe» se hacía realidad, los socialistas —mayoría en el ayuntamiento— procedieron a concentrar en el Casino a los falangistas más destacados y simpatizantes de las derechas, reteniéndolos allí para evitar que tomaran parte en la acción.

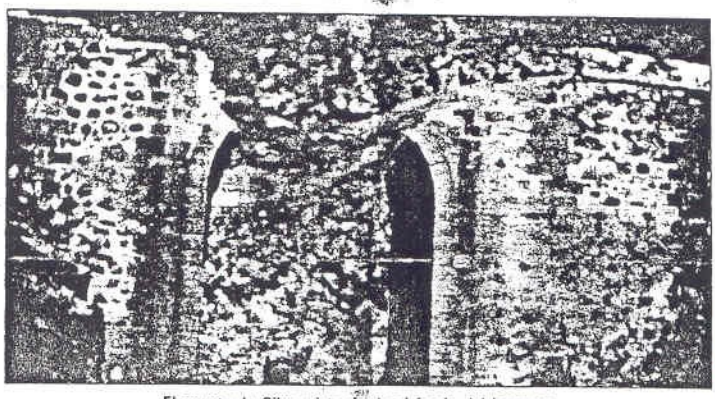
Aquel mismo día y el domingo 19 varias docenas de centinelas se apostaron en la Cuesta de Silva, en El Morro, lugar estratégico para las comunicaciones de todo el noroeste. También se asentaron varios vigías en las torres de la iglesia de Santiago, así como en la línea costera, en la playa de Sardina, por ejemplo.

Mientras las radios de galena vomitaban al aire aquel «bando de guerra» que terminaba con vivas a España y a la República, un avión sobrevolaba el noroeste esparciendo octavillas que reproducían el parte de la sublevación e invitaban a deponer las armas a quienes no lo suscribiesen. El teléfono y la radio —inventos bien recientes, apenas introducidos en la pausada vida de Tamarán— servían para transmitir las proclamas marciales y la inquietud.

Dicen que había paños rojos en las azoteas de Gáldar.

LOS CAÑONAZOS DEL «ALCIRA»

Las horas pasaban en una calma tensa, y los programas de las grandes fiestas que habían de celebrarse en honor al apóstol desde el 22 al 27 de julio, extendidas al 1 y 2 de agosto, quedaban definitivamente postergados. Cuando el buque «Alcira» —armado con cañones de medio calibre— lanzó sus avisos sobre la Montaña, muchas sábanas blancas ondearon sobre los tejados. A



El puente de Silva, visto desde el fondo del barranco

pocos metros de la necrópolis aborigen de El Agujero se produjo el desembarco de unas columnas de soldados. Fuerzas del Ejército que se alzaba se dirigían por carretera hacia las localidades donde presumiblemente se habría de encontrar la mayor resistencia. Parte de esas fuerzas estaban constituida por soldados recién licenciados, que destacaban por lucir aún los pelados cuarteleros y por vestir la guerrera militar sobre sus ropas de paisano.

Malas noticias llegaban para las gentes que defendían la legalidad republicana en el noroeste. Quienes vigilaban en El Morro se lanzaron a la busca de cargas de dinamita, aquella dinamita que dicen que hallaron en las fincas de un inglés pionero y liberal, mister Leacock.

El comandante Guerrero, el capitán Espejo y el teniente Bencomo ya habían tomado el mando de la ciudad de Gáldar. Pronto los tres se embarcarían para el frente, en el que dejaron sus vidas. Y el Casino de Gáldar —donde horas antes habían sido concentrados los 20 o 30 hombres más relevantes de la derecha en la zona— se convertía ahora en lugar de confinamiento para las gentes de izquierda, para los perdedores.

LA VOLADURA DE LOS PUENTES

Cayó el puente de la Cuesta de Silva, y el de Tenoya, y otro por Moya. En el Ayuntamiento de Arucas se refugiaron unos cuantos leales a la República, pero el fiero estampido del cañón les hizo deponer su actitud. Algunos emprendieron carrera hasta Las Palmas, de noche y por las plataneras. Otros fueron prendidos y acabaron ante los pelotones de fusilamiento de La Isleta, o rematados ante el brocal del pozo de Tenoya, o lanzados a la Marfea, o a la boca de la Sima Jinámar. Quines paradójicamente estaban más seguros eran los que iban a parar a la cárcel, por cuanto ello suponía un cierto porcentaje de garantía ante las sacas de las vengativas «Brigadas del Amanecer».

El sargento de la Guardia Civil Olegario Rodríguez Joaquín había sido separado de su cargo de comandante jefe del puesto de Gáldar. Ello había ocurrido semanas atrás, a raíz de un enardecido mitin del primero de mayo en el estadio de La Atalaya. El sargento Olegario tenía una bien ganada fama de hombre duro e intransigente frente a las fuerzas de izquierda. No llegó a haber, en verdad, enfrentamiento ni algarada callejera, porque los hombres de la resistencia estaban controlados y porque la voladura de los puentes fue —sobre todo— un acto testimonial destinado a dar fe de una disidencia impotente. El «golpe» estaba cantado desde hacía varios meses, y la autoridad republicana aparecía tan dividida que no sería capaz de aguantar el embate. Así, el sargento Olegario pudo distinguirse en la represión.

Eduardo Suárez Morales, poeta y letrista, autor del tango «Flor canaria», diputado comunista, y el farmacéutico de Agaete, Fernando Egea, peninsular muy querido en toda la zona, embarcaron con Pedro Delgado, un alto empleado de Mr. Leacock y la esposa embarazada de Egea. Salieron al mar buscando la costa de África en una falúa del propio mister Leacock, pero tal vez una delación o tal vez una casualidad hizo que fueran apresados a pocas millas de la Gran Canaria. Al día siguiente, y tras proceso sumarísimo, eran ajusticiados en las explanadas de La Isleta Eduardo Suárez y Fernando Egea. Pedro Delgado y la mujer embarazada recibían sendas condenas de 24 años. Ella habría de dar a luz en la cárcel a un niño que hoy es uno de los neurocirujanos más famosos de la República Argentina.

LOS «HOMBRES- TOPO»

Hoy, que todo parece tan lejano, es momento para la reflexión. Sólo cuando los pueblos asumen toda su historia, sin fisuras, son capaces de comprometerse con el progreso. De ahí que —47 años después— es preciso ejercer el derecho al recuerdo, en vez de la amnesia.

Las «sacas» del alba tiñeron la isla de odio. Es increíble que un territorio que estaba a casi 2.000 kilómetros del teatro de las operaciones haya sido escenario de una represión tan horrenda. En aquel verano del 36 rebrotaron nuestros demonios tan temidos, y por eso hubo tantas delaciones, tantos soplos, tanta sangre.

El valle de Agaete vio el luto. En Guía no hubo un solo muerto. Cuentan que el jefe local de Falange, Alfonso Pozuelo, un practicante peninsular con fama de hombre valeroso, no permitió que de allí saliera nadie que no fuera debidamente requerido por la autoridad. Pozuelo pedía oficios escritos y sellados que aquella pandilla de insurgentes vengativos casi nunca tuvo. **«Si no me traen los nombres con explicación del destino, pongo a rebato las campanas y les echo el pueblo encima»**, pudo decir en aquellas madrugadas inciertas.

Algunos se escondieron tan bien que nunca fueron hallados. «Hombres—topo» se les llamó en un libro reciente, y en la isla florecieron. Por aquel castigado noroeste hubo quien se refugió en una poceta que hacía de fosa séptica, y, así, sobre los excrementos, escondió su miedo colgado de una cuerda. Otros desaparecerían oficialmente del mundo de los vivos mientras eran alimentados a escondidas, como alimañas, entre paredes por las que jamás penetraba la luz del día. Era peligrosa aquella isla donde gobernaba el revanchismo.

HISTORIA DE UNAS FOTOGRAFIAS

Al pozo de Tenoya lo cubrieron con camionetas de cal y tierra para que nunca pudieran ser contados los muertos. ¿Son setenta? ¿quizá cien? Nunca lo sabremos. Algunos fueron tirados a los abismos sin haber recibido antes el tiro en la frente. Otros rebotaron como trompos en las aristas de la piedra con la plena lucidez de que iniciaban el viaje sin retorno. Como el luchador Florido en Jinámar. El campo de concentración de La Isleta ya estaba lleno; en otras islas los almacenes de empaquetado se convertían en prisiones urgentes. Luego habilitarían el viejo lazareto de Gando como lugar de tormento.

El alcalde de Arucas, Juan Doreste Casanova, también fue de los hombres escondidos. Buena parte de los alcaldes de los pueblos de la isla eran maestros, y casi todos llevaban poco tiempo de ejercicio.

Mientras, algunos se pavoneaban en el disfrute absoluto del poder luciendo incluso los zapatos de hombres a los que habían rematado horas antes. **«¿Sabes de quién son estos charoles?»**, preguntarían, zumbones. Algún día habrá que recordar estos episodios que deben pervivir en nuestra conciencia colectiva como un holocausto irrepetible.

Quien hoy es nuestro entrañable compañero Martín Moreno tenía aquel verano 20 años. El supo estar allí, con una de aquellas máquinas de hacer fotos que entregaba La Favorita a cambio de cupones de los cigarrillos. Hoy estas fotos del puente de Silva derruido son historia.

LUIS LEON BARRETO

FOTOS: MARTIN MORENO

LA PROVINCIA DOMINGO
PAGINAS ESPECIALES

Domingo - 21 - Agosto - 1983